

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

NUEVA IMAGEN DEL HOMBRE Y DE LA CULTURA, por *Danilo Cruz Vélez*. Ediciones Universidad Nacional de Colombia.

La Universidad Nacional acaba de publicar la segunda obra de su biblioteca filosófica, iniciada con el "Ambiente Axiológico de la Teoría Pura del Derecho", del Profesor Carrillo, director del Instituto de Filosofía de la misma Universidad. De otro de sus destacados elementos docentes es el libro "Nueva imagen del hombre y de la cultura": Danilo Cruz Vélez, cuyo texto esperábamos sus discípulos y estudiosos de Filosofía. Es soberanamente alentador que empecemos a tener en la bibliografía colombiana obras cuya lectura puede repetirse: y con cuánto provecho! Cruz Vélez no es ningún desconocido de quienes en Colombia se interesan por las cuestiones filosóficas, y tampoco escasean quienes le conocen fuera de Colombia. No hay, pues, lugar para referencias personales y sí veamos lo que dice su "Nueva Imagen del Hombre y de la Cultura".

El autor expone con desenvolvimiento y elegancia, valga la sobria referencia, la condicionalidad necesaria para la meditación de nuestro tiempo, apasionada y apasionante, sobre una revisión y reintegración de sus dos temas centrales: el hombre y la cultura, cuya crisis se puso de manifiesto en la segunda mitad del siglo pasado —a ella dedica su primer capítulo— con la

preponderancia y el dominio del cientificismo naturalista que todo lo domina, gracias a los valiosos descubrimientos y adelantos en el campo de lo experimental.

Al monismo materialista y al evolucionismo biológico de Cruz Vélez el punto de partida de la crisis, y lo ejemplifica suficientemente aunque sólo en el primero de los casos: la elaboración de antropologías naturalistas que arrancan de la unilateralidad en la consideración de lo que puede caracterizar al hombre específicamente en ese circuito de su estudio: los Instintos. Las tesis de Freud, Marx y Nietzsche, antropológicas y culturales determinantes del hombre por su instinto sexual, económico o de poderío. La ejemplificación es bastante para mostrar el anarquismo a que conducen semejantes puntos de partida.

En el segundo capítulo del libro se da la crítica de las doctrinas naturalistas, y prueba suficientemente su incapacidad para fundamentar una antropología filosófica y una filosofía de la cultura. La crítica la enuncia posible sobre dos razones: el fracaso de la antropología naturalista para explicar los actos específicamente humanos y su contradicción con las ciencias biológicas recientes. Desarrolla solamente la segunda mostrando cómo las exposiciones de Klaatsch y toda la literatura pesimista finisecular que cuenta con representantse de la talla de

Lessing, Bolk y Lepouge prueban la no perfectividad orgánica del hombre ni su condición de existente reciente, evolucionado y adaptado, progresador por el desenvolvimiento de la cultura y consiguientemente su no valiosidad en la naturaleza. El hombre resulta, pues, una especie zoológica vieja, desadaptada, retrógrada y en camino de su destrucción. Fue pues, preciso un nuevo rumbo, una revisión del problema de tal suerte que pudiera el hombre resultar como el sér más valioso de la naturaleza, aserción que por haber sido hecha por el naturalismo, pero hecha, no probada, no deja de ser probable en un desarrollo distinto explicativo de la "humanidad" del hombre. Aquí Cruz Vélez caracteriza en dos grandes representantes la meditación que saca al hombre de la naturaleza: Scheler y Cassirer.

Explica primero las ideas de Scheler en su exposición mostrativa del hombre como portador de espíritu, y la expone justificativamente por las razones que le van a servir para fundamentar una verdadera antropología filosófica: su capacidad desanarquizadora, su consistencia extranatural y su poder valorativo. Por eso puede con rigor anotar que, llenados esos requisitos para ser espíritu, para soñarlo, la forma anatómica, fisiológica y vital-psíquica, es apenas una cosa secundaria: "el hombre terrestre no es sino un caso especial de la idea del hombre". Viene entonces la exposición del que con razón llama "antropologismo" de Scheler: Scheler hace a Dios a imagen del hombre y lo condiciona por el hombre; a esa hechura acomoda la finalidad del hombre mismo —nótese la falsedad del terreno— y condiciona la culturación a esa finalidad.

Da luego la ideas de Cassirer en su exposición mostrativa de los "facta" culturales explicando su posición por el condicionamiento del neokan-

tismo al que Cassirer pertenece. Para Cassirer el hombre está también, como para Scheler, fuera de la naturaleza: sólo que se caracteriza por manera muy distinta de la de éste: ya no por sí sino por sus productos, por su existencia objetivada que salta de la condicionalidad simbólica del "Umwelt" del hombre. Cruz Vélez explica la teoría de Cassirer tomando dos de sus formas culturales: el lenguaje por su calidad proposicional apunador a objetos y expresador de objetos y no solamente de emociones; y el espacio homogéneo y sin objetos, (¡Kant!), que goza de simultaneidad: es decir, el lenguaje y el espacio simbólicos (conceptuales de Kant), para luego centrarse en lo que llama en él paralelamente a como en Scheler, "culturalismo". Cassirer —dice— pierde su objetivo: el símbolo y su categoricidad para la onticidad del hombre, y más que perderlo lo echa a perder dándole la espalda por sentir pavor ante tal cuestión metafísica, entregándose a una analítica de la obra humana, del mundo simbólico, de la cultura.

Aquí encaja la crítica al antropologismo de Scheler y al culturalismo de Cassirer: Scheler precipita su estimativa del hombre pasando de su determinación fenomenológica a un campo ilícito por cuanto en él no se nos da ninguna experiencialidad, al inferir constructivamente el sér y la existencia de Dios con los mismos atributos humanos, finitos, siendo El infinito, por donde se le obliga a devenir, a desenvolverse, a realizarse: consecuencia lógica de premisas ilógicas, Realización imposible de quien es el fundamento del hombre, por el hombre mismo cuya perfección seguirá siendo un ideal. Tampoco la cultura es humanización por cuanto la humanización en el sentido scheleriano es un hacerse ascendente y la cultura no es progresiva como culturación, pero ni

siquiera serlo como objetivación. Y si no alcanza a ser humanización está tan lejos de ser divinización como está el hombre de realizar a Dios. Porque la "culturación", la "humanización", la "autodeificación" aniquilan la cultura.

Por lo que respecta a Cassirer la crítica se endereza en dos sentidos: ni sólo el hombre es animal simbólico, ni de serlo en un modo específico deja por eso de ser un animal, es decir, que no es el hombre esencialmente hombre por aprehender relaciones entre los objetos y referirlos a los mismos objetos; y si lo fuera por la manera de aprehensión o referencia, su "humanidad" no se debería propiamente al símbolo desquiciándose la pretendida fundamentación.

Llegamos ya a lo que es propia y valiosa contribución a la antropología filosófica y a la antropología de la cultura: los dos siguientes y últimos capítulos ganan profundidad: el hombre y la cultura no pueden explicitarse separadamente porque se dan en simultaneidad y en correlación: el hombre produce la cultura para poder ser hombre por cuanto el espíritu no tiene otra atmósfera que las formas culturales. Por donde el que su elaboración de formas culturales tenga además el carácter de fabricación de su "propia casa". Es, a saber: que el hombre no puede vivir sin la cultura por cuanto tiene para ser hombre y desde que es hombre, que hacer cultura. Ese es el producto de su "humanidad". Y la correlación, dice, no se cierra en esta recíproca necesidad. Para mantenerse, para supervivir, en la post-creación, sigue tan válida como en la creación: el hombre tiene que estar actualizando el "sentido" de los objetos culturales, que es lo que los hace ser lo que son. Y la permanente vigencia de la "culturalidad" de tales objetos, condiciona entonces la permanente vi-

gencia de la "humanidad" del hombre.

Como por ello no se pierde la autonomía de la antropología filosófica ni de la filosofía de la cultura, se debe proceder a fundamentar esa correlación para que no se quede en el aire: "Hombre y cultura son hechos sobre los cuales tienen que trabajar la antropología y la filosofía de la cultura, sin preocuparse de sus fundamentos". Estos fundamentos, cuya necesidad impone la correlación del hombre y la cultura, se dan en una metafísica del hombre y de la cultura, que comprende el capítulo final del brillante "Manual" del profesor Cruz Vélez: Torna de la meditación de muchos siglos y la experiencia de muchos hombres los ya sarandeados, depurados, tres principios metafísicos de las cosas: lo inorgánico, el principio vital y el espíritu: sobre ellos elabora un desenvolvimiento de "las cosas" (en su sentido más lato) en lucha por la pervivencia de cada uno de esos principios y su situación objetiva en gracia a su jerarquía, dada a partir de sus uniones creadoras, como las llama él. De la unión de lo inorgánico y el principio vital surge la vida. "Esta fue, pues, una unión creadora" y "de la mezcla de lo vital y del espíritu nace el hombre". Pero en este nacer el hombre nace también la cultura: Aquí fundamenta Cruz Vélez la correlación: la cultura también es producto del principio vital y del espíritu. Es decir, son productos simultáneos de una misma acción generadora: y es, —en conclusión— su génesis lo que condiciona y obliga su existencia correlativa.

Las últimas palabras del vinculator filósofo del hombre y la cultura se refieren a la circunscripción de nuestro hacer, a esos dos temas: "No podemos preguntar por el fundamento de los principios". Dios se separa del hombre, ojalá de una vez por todas,

en la fundamentación racional de la esencialidad del hombre mismo.

Considero que podrían hacerse algunas anotaciones marginales, que la condición de una nota bibliográfica no permite que se expliciten aquí. Serían las referentes a la radical oposición de espíritu y naturaleza asentada sobre las consideraciones óptica y genética de los mismos: porque en las consideraciones finalista y funcional se da una fundamental conexión ontológica; a la fundamentación ya no solamente existente sino también esente-mente del hombre y de la cultura. Porque esentemente tanto el hombre como la cultura tienen su prístina radicación en la existencia humana. Un cuidadoso análisis nos "mostraría" en realidad que las condiciones categoriales del hombre, a saber su libertad, su conciencia de sí, su objetividad, están implícitas y pueden desenvolverse a partir de la autenticación de la vida, máxime que ella se nos da lo más frecuentemente como inauténtica: Igual sucede con la cultura y su categoría del "sentido".

La consideración sólo existente y en buena parte genética, de la correlación del hombre y la cultura, hace aparecer forzada la actuación del hombre en su tener que estar actualizándose al actualizar las formas culturales fabricadas por él mismo. Este fatalismo notorio por lo violento, si no es que ya el ser hombre tiene el correlato con el ser cultura, desaparecería en la precedentemente indicada correlación esente y ontológica que tampoco disminuye la posible separabilidad, ni la independencia del hombre o de la cultura.

Una anotación final: este magnífico volumen de una biblioteca de bolsillo es la muestra más convincente de lo que puede hacerse y no se ha hecho, por los entendimientos a cuyas manos está encargada la dirección de una

cultura sería en nuestro país. Aunque fuera bastante señalador al respecto el resumen dado del contenido del libro vale la pena repetir las textuales palabras que parecen dirigidas a todos esos fariseos de la vida, a la que posponen la espiritualidad: "Sólo en un sentido el hombre es un sér espiritual. En el sentido de que sólo es hombre teniendo la vista puesta en el espíritu. Cuando le da la espalda, y sólo vive desde su vitalidad, se convierte en un puro animal".

Daniel Ceballos Nieto

*

EL MURO, por *Jean-Paul Sartre*. Editorial Losada. Colección "La Pajarita de papel". 1948.

Como una novedad la editorial "Losada" ha lanzado la primera edición en español de los famosos cuentos del líder existencialista francés, señor Jean Paul Sartre. La traducción ha sido hecha por Augusto Díaz Carvajal y ha sido ilustrado maestramente por el dibujante Luis Seoane.

Este libro en el tiempo de su aparición en francés causó verdadera conmoción en los círculos literarios de París por la tremenda fuerza expresiva y la feroz, casi sangrienta, crítica social y psicológica que el autor hace de personajes tan verídicos como el jefe del relato "La infancia de un jefe". El primer cuento que le da el nombre al libro "El Muro" relata una noche fatal de condenados a muerte por los nazi-fascistas y termina con la captura accidental de un líder. Está, como toda la obra del gran escritor pleno de poder creador. En todos los relatos se usan palabras y frases de extraño sentido sexual que hacen duro y violento el drama de los personajes.

El prologuista, Guillermo de Torre, director de la colección que ha entregado tan magníficas obras en bella

edición, dice: "Cuando en el curso del dramático 1937 aparecieron en La Nouvelle Revue Française las primeras novelas cortas de Jean-Paul Sartre —"Le Mur", "Intimité"— fuimos ya algunos quienes sentimos al leerlas (confesarlo por mi parte no es incurrir en profetismo a posteriori, ya que entonces comuniqué a otros esa impresión) cierto choque singular, la presencia incuestionable de algo cínico, turbador, poderoso. Ciertamente no era su nota dominante, una crudeza demática sin restricciones, ni su atmósfera amoral aquello que podía asombrarnos".

En verdad, hay algo en toda la obra que figura en este libro, y alguna de la recogida en otros textos, que hiera muy hondamente por los contenidos espirituales localizados en diferentes personajes y que se comunica al ambiente general con una fuerza avasallante, demasiado fuerte y definitiva, casi chocante en ocasiones dada la forma directa y resuelta con que el autor la presenta. Parece que la guerra hubiera abierto cauces desbordadores a una tendencia a la crudeza, al cinismo y al uso en buena literatura de lenguaje soez, de ademanes groseros pero que gracias al dominio del idioma y a la esplendidez de la obra de arte se convierten sólo en carne —no importa si limpia o impura— de un espíritu transido de profundas desgarraduras.

En el tomo figuran además de "El Muro", "La Cámara", "Erostató", "Intimidad" y "La Infancia de un Jefe". Historias o relatos en forma de novelas breves que hacen de Sartre el inconfundible representante de una tendencia literaria muy discutida y muy discutible. Desde luego, será ajeno a esta nota tratar de situar siquiera el valor filosófico del existencialismo y de sus repercusiones en la literatura universal. Baste decir que ahora se encuentra puesto sobre el ta-

pete de la discusión saber hasta dónde Kierkegaard y su escuela han fertilizado la literatura. Baste también decir que Sartre personalmente adquiere cada día un sitio más brillante especialmente entre la juventud y entre los iniciados en la vida de las letras. Los libros de Sartre se venden y sus obras de teatro son vistas y comentadas con ansiedad; también con un poco de recelo y con un poco de temor de pronunciarse definitivamente en su favor o en su contra. De todas maneras este libro es vigoroso y bello. Y muy seguramente las huellas de su autor no se borrarán con el primer viento que barra sobre los recientes pasos del hombre que formó con ardor y desdén, con serenidad y júbilo en las filas de la resistencia intelectual francesa contra el nazismo.

*

TERCERA RESIDENCIA, por *Pablo Neruda*. Editorial. "Losada". Buenos Aires, 1947.

En la colección de "Poetas de España y América" que dirigen Guillermo de Torre y Amado Alonso ha aparecido el último libro del poeta chileno Pablo Neruda; "Tercera Residencia", donde se reúnen los poemas de "España en el Corazón" y otros del mismo tono beligerante y eminentemente político.

Mucho se ha discutido en los últimos tiempos la dignidad de la poesía que toma hechos políticos y circunstancias de ardor popular para elaborar sus imágenes líricas. Parece que hay un sector muy amplio que rechaza enfáticamente esta posición y este sistema. Sin embargo baste saber que todos los grandes poetas de todos los tiempos han usado la técnica indicada y han hecho con ella verdaderas maravillas. Lo importante, en resumidas cuentas, no es el tema sino la manera de tratarlo. Cuando la calidad poética alcanza su altura exacta y res-

plandece como verdad universal, el tema desaparece y muchas veces la temática más vulgar y repudiable dentro del campo de la poesía adquiere por virtud del toque milagroso del artista una extraña magia. Desde luego, también hay un amplio sector que reclama a grandes voces la incorporación del poeta a la vida más entrañable y honda del pueblo, de sus problemas y de sus luchas históricas. Se ha castigado también en este mismo sector la posición de los poetas que vuelven la espalda a estos temas y dedican todos sus esfuerzos a la mera estructuración de poesía abstracta con relaciones muy remotas a la emoción colectiva. Poesía pura, poesía de planos artificiales, onírica, abstracta, subrealista, etc., son nombres calificativos de esta clase de versos. Poesía de cartel, poesía proletaria, poesía popular, poesía política, también son nombres con que se designa el otro campo.

No nos interesa en esta breve noticia de presentación del libro de Neruda aclarar cuál tiene la razón y cuál es la raíz más fértil y perdurable de la poesía. Especialmente cuando se trata de exaltar las virtudes del libro del gran chileno podemos decir que allí está viva, como una grande agua virginal, impetuosa y clara, limpia de toda mancha y altiva como el más auténtico surtidor de cánticos, la poesía de siempre.

Hay poemas que podrían pertenecer legítimamente, por estirpe de todas sus gracias, a esa poesía de deslumbramiento lírico hondamente emocional y fervorosa del corazón, como por ejemplo: "La ahogada del Cielo", que comienza:

*"Tejida mariposa, vestidura
colgada de los árboles,
ahogada en cielo, derivada
entre rachas y lluvias, sola, sola,
compacta,
con ropa y cabellera hecha jirones*

*y centros corroídos por el aire
..... Celeste
sombra, ramo de palomas
roto de noche entre las flores muertas:
.....*

E incrustado en el corazón de "España en el Corazón" también está aquel bello poema que todos conocemos y que resalta por la hermosura, simplicidad, fuerza descriptiva y terrible designio:

*"Os voy a contar lo que me pasa.
Yo vivía en un barrio
de Madrid, con campanas,
con relojes, con árboles.*

*Desde allí se veía
el rostro seco de Castilla
como un océano de cuero.
Mi casa era llamada
la casa de las flores, porque por todas
partes*

*estallaban geranios: era
una bella casa
con perros y chiquillos.*

Junto con estos poemas están los violentos, los duros, los brotados por el amor enardecido, por el odio, por la boca de la enorme e incurable herida de la guerra de España y de su continuación: la guerra de todo el mundo que se puso al lado de los soldados de la España libre y dignísima.

Este libro, además de documental poético, es documental histórico, sincero, hondo, popular, extrañablemente sentido por todos los corazones libres de hoy y de siempre.

*

ELEGIAS, por Arturo Torres Riosco, México, 1947.

El notable poeta mexicano, don Arturo Torres Riosco, después de varios años de silencio lírico, ha publicado una bella selección de elegías que traen a su obra una tonalidad diferente, plena de emoción y de elevado tono dolorido.

Lo que resalta al primer golpe de corazón es la perfección con que estos poemas están elaborados. Desde luego, Torres Rioseco ha tenido siempre, dentro de la línea modernista que le ha distinguido, un alto y seguro sentido de la medida y profundidad técnicas del verso. Estas virtudes se hacen relevantes y nobles en "Elegías", donde se respira un ancho y depurado viento clásico, algo más, un sereno ambiente de clasicismo estilo siglo de oro español. Véase, si no, la manera como avanzan estas liras inaugurales del libro:

*Andaba yo gozoso,
ebrio de juventud por las campiñas;
el mundo generoso
me ofrecía sus viñas,
sus ríos y las bocas de las niñas.*

*Los dulces animales,
animales de Dios, iban conmigo,
eran todos iguales
en aquel dulce abrigo;
la paloma y el buitre eran amigos.*

*Andaba yo contento,
andaba yo desnudo de pecado,
iba puro en el viento,
y en el fuego sagrado
del sol iba mi cuerpo levantado.*

Tienen además del airoso deslumbre clásico, ese sentido universalista y pagano del parnasianismo. Todo lo cual unido a la fuerza e intensidad de la concepción lírica hacen de las "Elegías" un bello estado en la poesía de Torres Rioseco.

Y es interesante ver al lado de poemas como el que arriba se transcribe fragmentariamente, otros que sin desmerecer de la condición poética tienen sentido muy diferente, muy de una etapa más reciente quizá, o más acercada a las palabras que representan la vida contemporánea. Ejemplo de ellos es esta Tercera Elegía:

*Tristeza de la piedra,
del ladrillo, del riel,
del alambre, del radio,
del agua en tuberías,
de altoparlantes contra el cielo,
de mujeres pintadas,
corazones pintados,
de humo contra la nube,
de voces amarillas
cayendo como corcho en las aceras.*

Es un cuadro doloroso y satírico de la vida de tráfago, desdén, miseria, tedio y grandeza de la vida de las ciudades populosas, de las ciudades que hoy sólo tienen como espíritu el de los carteles murales anunciando películas de matones y de hilos eléctricos que transmiten los desastres de la Bolsa.

Torres Rioseco es así un poeta profundamente impregnado del aire de nuestro siglo y limpio de extrañas contemplaciones. En él vive y canta la alta poesía.

*

ANTOLOGIA DE LA POESIA
AMERICANA CONTEMPORANEA. Edited by Dutley Fitts. The Falcon Press, Londres, 1948.

Con un criterio de acercamiento entre los dos espíritus, el del saxoamericano y el del latinoamericano, que se traslucen tan claramente en dos estilos poéticos diversos, se ha hecho esta bella y vasta antología que arranca de la muerte de Darío y llega hasta los contemporáneos —no todos los que lo merecen— de "Piedra y Cielo" en Colombia, del "Grupo Vienes" de Venezuela y de sus similares y contemporáneos en el resto de los países americanos.

Dice el prologista, que sus deudas de gratitud son extensísimas porque muchas personalidades importantes en el mundo de las letras hispanoame-

ricanas y bibliotecas de gran renombre han colaborado con él para que el libro resultara lo más completo y fiel posible. Así es en verdad. Una antología ha de ser hecha por un equipo de especialistas o de lo contrario se cae en la preferencia personal que es el mal de toda selección. Los resultados son laudables en este caso especial. Sin embargo saltan a la vista —para nosotros por lo menos— vacíos inexplicados e inexplicables como los de León de Greiff y Jorge Rojas, en Colombia, como los de Vicente Gerbasi en Venezuela, como los de José Alfredo Hernández en Perú, el de Barrenechea en Chile, para no nombrar sino los que más brillan por no estar incluidos. Parece que ellos estuvieran allí aun más grandes, por no estar. Y esto sucede siempre.

Pero apartándonos de estos casos, no aparece suficientemente clara la explicación que da el señor Dudley Fitts por no haber incluido a Valencia, a Barba Jacob y a otros que han representado lo más luminoso y perdurable de la poesía colombiana.

En todo caso, la obra representa un grande y bien logrado esfuerzo. Se intenta esta línea de acercamiento y este deseo de conocer lo que se hace y se piensa en los altos aires de Latinoamérica alejados de la producción petrolera, y del control de cambios. Es

halagüeño pensar que gentes de los Estados Unidos van a leer en buenas traducciones a algunos de los poetas de América del Sur y que lo van a hacer —muy posiblemente— con cierta curiosidad y con deseo de averiguar un poco de lo que sucede en el corazón de las gentes que acuden a diario a las academias, a las aulas universitarias, a las bibliotecas y a los corrillos de los cafés, instituciones tan respetables como envidiables y que aún forman una gran parte de nuestra vida ciudadana.

Esta Antología demuestra una vitalidad lírica muy pocas veces apreciable en nuestra América Latina. Una vitalidad de las fuerzas, de los poderes y de los dones del espíritu que, aunque mutila, resplandece con una extraña fuerza, con una extraña esperanza de que no todo está perdido.

Esta antología en buena hora planeada por Mr. Dudley Fitts hará pensar de nuevo en Latinoamérica como "Caja de Pandora" donde por una virtud mágica se han ido acumulando reservas para el día de un juicio no final. Esta Antología distribuida en Bogotá por el señor Jacob Carter, inteligente y generoso agregado cultural de la Embajada de los Estados Unidos, debe regocijar a las letras hispanoamericanas.